
PROA



N.º 14

B-AIRES

R E D A C T O R E S D E P R O A

Francisco Luis Bernárdez.....	(Argentina)
Jorge Luis Borges.....	(Argentina)
Norah Borges.....	(Argentina)
Brandán Caraffa.....	(Argentina)
Adelina del Carril.....	(Argentina)
Guillermo de Torre.....	(España)
Macedonio Fernández.....	(Argentina)
Oliverio Girondo.....	(Argentina)
Ramón Gómez de la Serna.....	(España)
Ricardo Güiraldes.....	(Argentina)
Alberto Hidalgo.....	(Perú)
Pedro Leandro Ipuche.....	(Uruguay)
Eduardo Juan.....	(Argentina)
Guillermo Juan.....	(Argentina)
Valerio Larbaud.....	(Francia)
Nora Lange.....	(Argentina)
Juan Marín.....	(Chile)
Leopoldo Marechal.....	(Argentina)
Sandro Piantanida.....	(Argentina)
Pablo Rojas Paz.....	(Argentina)
Alfonso Reyes.....	(México)
Salvador Reyes.....	(Chile)
Fernán Silva Valdez.....	(Uruguay)
Jacobo Sureda.....	(España)
Xavier Villaurrutia.....	(México)

D I R E C C I O N

Francisco L. Bernárdez — Jorge Luis Borges — Brandán Caraffa

A D M I N I S T R A C I O N

Subscripciones, avisos e impresión: Raul Aquiles Nocito

COMMERCE

PAUL VALERY
VALERY LARBAUD
LEON PAUL FARGUE

7 RUE DE L'ODEON
PARIS

INTENTIONS

M. PIERRE ANDRÉ-MAY
DIRECTOR

RUE PHALSBURG (XVII)
PARIS

La Nouvelle Revue Française

Revista Mensual de Literatura y Crítica

DIRECTOR: GASTON GALLIMARD
SECRETARIO: JEAN PAULHAN

3 RUE DE GRENELLE (VI)
PARIS

La Revue Européenne

REVISTA MENSUAL

EDMOND JALOUX
VALERY LARBAUD
ANDRE GERMAIN
PHILIPPE SOUPAULT

6 Rue Blanche PARIS

REVUE DE L'AMERIQUE LATINE

Llega a Buenos Aires hacia el 25
de cada mes

DIRECTOR:
E. MARTINENCHE

2 Rue Scribe
PARIS

MANOMETRE

DIRECTOR:
EMILE MALESPINE

49, Cours Gambetta
LYON-FRANCIA

PLURAL

Revista mensual de Literatura

JUAN LO, 13 Y 15
MADRID

RONSEL

DIRECTOR:

CORREA-CALDERÓN

OBISPO IZQUIERDO I.
LUGO

ZWROTNICA

DIRECTOR: THADÉES PEIPER

JAGIELLONSKA 5-KRAKOW
CRACOVIA

L'ESPRIT NOUVEAU

OZENPAUT : JEANNERET

35, RUE DE SÉVRES
PARIS (VI)

ARIEL

Publicación mensual
de Arte y Crítica

CASILLA N.º 934
SANTIAGO DE CHILE

LA REVISTA

Cuadernos de
publicación quincenal

RAMBLA DE CATALUÑA 125
BARCELONA

PROA

Año segundo -- DICIEMBRE -- Número 14

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ
JORGE LUIS BORGES
BRANDAN CARAFFA

BUENOS AIRES DE 1925



REDACCIÓN:
AVENIDA QUINTANA 222

S U M A R I O

<i>El capítulo siguiente</i>	Macedonio Fernández
<i>Ventana—Tu nombre—Finalidad</i>	Nora Lange
<i>El Jardín en la Urbe</i>	Jacobo Sureda
<i>Ellos y nosotros</i>	Fernán Silva Valdés
<i>Versos para Fernán Silva Valdés</i>	Jorge Luis Borges
<i>Misa de Alba</i>	Benjamín Jarnés
<i>Poesía escrita de noche</i>	Pablo Neruda
<i>De "Entre Ríos 1583"</i>	César Tiempo
<i>Discurso sobre la Poesía</i>	Fabre d'Olivet†
<i>Versos a una Ventana</i>	Guillermo Juan
<i>El Hombre</i>	Soler Darás
<i>Arboles</i>	Bermúdez Franco
<i>Ejercicio de análisis</i>	Jorge Luis Borges
<i>Nydia Lamarque—Telarañas</i>	J. L. B.
<i>¿Debe clausurarse el Salón Anual?</i>	B. C.
<i>Primer Salón de Independientes</i>	B. C.
<i>Piedra de Sacrificios</i>	B. C.
<i>Las tres respuestas</i>	B. C.

EL CAPÍTULO SIGUIENTE

(ESCRITO; Y SIN NOTA DE EDITOR)

Pequeña nota del Editor.

Señor Director de PROA.

¿He acertado con el Sr. Borges? ¿Con el Sr. Güiraldes? ¿Con el Sr. Brandán Caraffa? ...

Y bien, soy el más obsecuente dirigido de Vd. y congratulándome del acierto con que inicio el día pues su dirección en PROA es la que siempre prefiero leer, me redacto por su atento servidor y comienzo, con estas palabras:

¿Qué se me dice, Sr. Director? ¿Parece que PROA está bastante lázarocosta y que entre este número y el próximo podrá circular holgadamente la eternidad? Si a PROA la hubieran hecho de darse vuelta, concluida su primera existencia podría ahora empezar a vivir del lado del revés. Para leer de este lado yo preparé a los lectores con aquel trabajito sobre metafísica y cuando en Octubre se vea en todo detalle lo que es un número no salido, esmeradamente abstenido, se sospechará porqué no publiqué juntos el artículo y su comprensión, reservando ésta para los ejemplares que por turno se alternarán en no aparecer hasta un desconcertador último de la no existencia invariable de PROA que se ojearía doquiera con el afán y la certeza, firme en todo ente sensible, de que el «ser» es la única posibilidad, de que la muerte se vive también y tanto.

A tal tolerancia condesciende en llegar al estado de inacción oral al final. Antes de esto no se ve silencio posible si no lo aporta el auditorio. Yo traía completamente empezado el prometido capítulo y entraba a la Redacción cuando Editor me alcanza a medias con la voz y me detienetodo con el brazo que le sale de ambos hombros. PROA no sigue, me dice, y háse decidido que el último número no contenga nada de género "siguiente"; sino sólo conclusiones y abstenciones, a fin de que la entrega postrera tenga catadura al mismo tiempo

de última y de no salida. Su gran Capítulo Siguiente hágallo doler en otra Revista! ... Así me aturdió y distrajo dejándome en la puerta fallida mi esperanza de una publicación sin «nota» suya..

¡Qué hombre pesado! Para bien que se calle habrá que dejarlo decir; agradecido. Francamente la noticia me sobresaltó como un café con leche derramado y ya que se ha derramado yo le sacaré un provecho a la comparación que no se esperaría de una catástrofe tan «completa». Colectando con la cucharita algo de azúcar y de líquido hago a Vd. mi Director una pregunta: ¿Los números que no aparezcan serán más fáciles de dirigir o al contrario será como cuando un «completo» se hace mantel y las puntas líquidas avanzantes animadas de un gusto sin prevenciones por todas las posiciones y rumbos del espacio se tienden tan prontas y divididas que no hay que pensar en dirigir las, tanto más cuanto que, lo primero que han hecho es suscribir vuestro pantalón claro a su acometimiento y preparar una semana de prosperidad para las tintorerías en todos los trajes vecinos, a cuyo socorro hay que acudir ante todo. Invariablemente, he notado, se ataca la inundación con denuestos, pero en la anterior nerviosidad del momento se asestan con trémula puntería y no tienen eficacia. Es un verdadero incendio, Sr. Director, en que no se sabe nada del fuego.

Pues, deseaba mucho informar a la Redacción que la publicación de aquel fragmento de Recienvenido en PROA me ha valido grandemente atrayéndome numerosas órdenes o encargos de rellenar vidas desconocidas en mérito a la especialidad de mi aptitud probada en dichas páginas.

Varios parientes de personas ignoradas me han requerido para biografiar a éstas. Pero a menudo sus estimadas órdenes llegan deficientes en datos acerca de las personalidades, de existencia y parentesco con ellos, ignorado, y debo prevenir en general que aunque muy gustoso sólo podré satisfacer sus pedidos si como mínimo se me concreta el dato del lugar y fecha en que no se supo que existieran. Así no correré el riesgo de confundir un desconocido con otro. De otra manera con un solo desconocido tendría para todos los solicitantes. Con este aviso, me apago y soy

De Vd. amigo y attm. S. S.

EL EDITOR

Aniversario de Recienvenido

No sé si por algunos excesos de conducta o por observancias poco estrictas en mi régimen de vida cumpliré en breve cincuenta años. No lo he efectuado antes porque cada vez que impaciente, el tiempo, adelantando algún acontecimiento, me cambiaron uno bueno por uno malo, como me lo había predicho un amigo accidental que si vive todavía tendrá figuración en mi narrativa; soy adverso a hacer hablar y agitarse en las novelas a personas ya fencidas. La elección de un día invariable de cumpleaños me ha permitido conocerlo tan bien que aun con los ojos vendados cumpliría mi aniversario.

Alguien dirá: Pero Recienvenido, otra vez de cumpleaños! Vd. no se corrige; la experiencia no le sirve de nada! ¡A su edad cumpliendo años!

Yo efectivamente entre amigos no lo haría. Mas en las biografías nada más exigido.

Otros juzgarán que el anuncio de mi próximo aniversario va encaminado a incitar a los cronistas sociales para recordarme con encomios, «Nadie como el Sr. R. ha cumplido tan pronto los cincuenta años»; o bien: «A pesar de que esto le sucedía por primera vez cumplió su medio siglo el apreciado caballero como si siempre lo hubiera hecho». Alguien también con algún desdén: «Con la higiene y la ciencia moderna, quién no tiene hoy cincuenta años». «A su edad no tenía mucho que elegir».

En fin lo cierto que nunca he cumplido tantos años en un solo día.

Nací en 1.º de Octubre de 1875 y desde este desarreglo empezó para mí un continuo vivir. La autenticidad de mi condición de solterón en ese momento fué indiscutida pero yo le añadí el malhumor que la distingue pidiendo inmediatamente en el idioma que no tiene filólogos el Libro de quejas. Cuando me lo facilitaron tres meses después en una sacristía, me había olvidado de los motivos de protesta

fuera de que no habían dejado espacio en el sucio, malhadado y gran tomo los que se habían quejado primero. Puse mi nombre, y la fatalidad de tenerlo me distrajo de reflexionar que aquél era el Libro de quejas de la vida.

Este fué mi punto de partida y la fecha que escogí para mis aniversarios. Pero la serie de mis cumpleaños ha sufrido recientemente una variante.

Hace cinco años conocí a la mamá de un amigo rosarino y vine a saber que...

No lea tan ligero, mi lector, que no alcanzo con mi escritura adonde está Vd. leyendo. Nos va a suceder si seguimos así que nos van a multar la velocidad. Por ahora no escribo nada; acostúmbrase. Cuando recomience se notará. Tengo aquí que ordenar estrictamente mi narrativa porque si pago el tranvía delante de mí no será lo que sucedió.

Ahora continúo. Me había trasladado a Rosario para hacer anotar en el Libro de Patentes, invento por medio con otros dos inventos míos, uno nuevo (recordará Vd. que soy inventor y esto justifica ciertos estados de intensidad intelectual—a veces parezco dormido en estos paroxismos—durante los cuales mi libro no adelanta nada como habrá Vd. advertido). ¿Nota Vd. que continúo? Pensando en ello en mitad de los rieles del tranvía iba yo a redondear teóricamente un procedimiento automático para limitar la prestación del fuego de los cigarrillos que me había encargado la Compañía de Fósforos Ya Raspados, cuando sin ninguna dificultad un coche-motor me embistió cerca, pronto y todo. Como yo no abandono un pensamiento tan adelantado, media hora después salía de la Asistencia con mi invento completo y vendido.

No interrumpí tampoco mi cumpleaños, que era ese día. Mas conducido por un amigo a su casa de familia, festejábase en ella el onomástico de la mamá; y tanto fué lo que se conversó que la señora y yo vinimos a entender porqué el día de nuestro aniversario nos había parecido siempre tan estrecho, a causa de que lo ocupábamos

dos personas con el mismo suceso. En el acto mi pronta imaginación percibió que había allí algo que pensar y patentar.

Tengo desde entonces con la señora una combinación, por resorte de la cual debemos ocupar alternativamente el 1.º de Octubre para día natalicio, a cuyo efecto ella me avisará cada año si le gusta ese 1.º de Octubre para su onomástico. Yo recomiendo mi combinación aunque hasta hoy no me ha dado provecho; desde entonces la señora no ha expresado su opción por ningún año ni siquiera por ensayar el procedimiento: probablemente teme que falle.

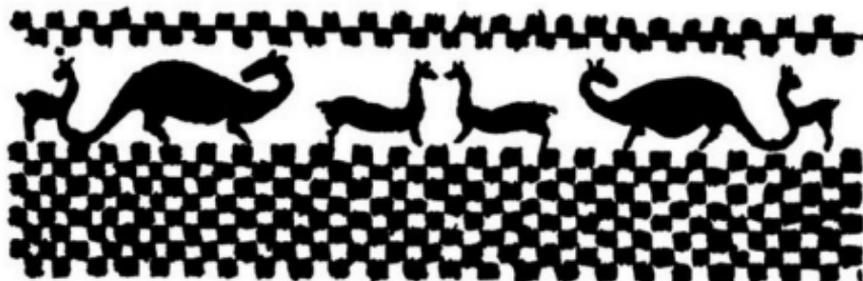
La cláusula del aviso fué un error; y además siempre será prudente combinar con personas formales. De todas suertes desde dicho pacto desapareció de mis cumpleaños aquel malestar, muy parecido al que se experimenta cuando a uno lo están leyendo en una Revista que ya con ese número ha salido del todo.

Por eso me esmero aquí en cesar y aquí apago yo también que ya es tarde, y aun más tarde que ahora; y es fineza que el lector estima madrugarse al concluir y yo gusto de naufragar con quien navego y no en otro barco; asimismo huyo de asistir al final de mis escritos, por lo que antes de ello los termino.

Y no hay escrito mío en que no me acuerde al Fin de la comodidad del lector, (si no se la buscó ya él) que en todo PROA no estamos haciendo hoy otra cosa.

— Fin —

MACEDONIO FERNÁNDEZ



V E N T A N A

*Ventana abierta sobre la tarde
con generosidad de mano
que sabe su limosna.*

*Ventana, que has ocultado en vano
tanto pudor de niña.*

*Ventana que se dá como un cariño,
a las veredas desnudas de niños.*

*Luego, ventana abierta al alba
con rocío de júbilo*

riendo en sus cristales.

*¡Cuántas veces en el sosiego
de su abrazo amplio
dijo mi pena
su verso cansado!*

T U N O M B R E

*Tu nombre tiene la frescura del agua
recién bebida.*

*Lo he dicho despacio
como olvidando las letras al ir las deshojando.*

*Lo he visto escrito
con tinta de luna
en el atardecer de cada árbol.*

*Lo he rozado con mis dedos
nombre que subes callando
en la castidad de un beso.*

*Tu nombre, húmedo a veces y palpitante
como labios de adolescente.*

Plegaria de seda

*que dicen mis ojos
en las madrugadas lentas.*

Tu nombre

*¡tan fresco y nuevo
como tierra recién mojada!*

F I N A L I D A D

*Mansamente, con lentitud de palabra conocida
se acentuó en mi alma tu cariño.*

Supe muchas ausencias.

*Mis manos acunaron la frescura
de tantas horas desiertas.*

*Tu cariño no tenía congijas
de otro cariño como el mío.*

*La tarde se hizo grande
con mi pena.*

*Te fuiste, lavando con agua impura
mis recuerdos.*

Mi pena tornóse mala.

*Creció la noche
como maleza*

sobre la tarde madura.

*¡Cómo quedó chiquita la tarde
cuando olvidando mi ternura
fué madrugada la luna!*

M O R A L A N G E

EL JARDIN EN LA URBE

Saliendo del aturdimiento en que nos había dejado el tren, llegamos a Córdoba cuando el alba andaba todavía a tropicónes con los restos de la noche. Veníamos de Toledo.

Con los sesos embadurnados de cansancio y las despabiladeras enlodadas de sueño mal parido, echamos las piernas hacia la ciudad por los senderos de un parque, enfrente de la estación.

Cándidas e imprudentes enseñaban las flores los descotes de sus coloretos subidos y andaban los pendencieros gorriones metiendo bulla y jarana en lo alto de la arboleda.

Ya estamos en Córdoba. Mentalmente hacemos la composición de lugar y tratamos de figurarnos situados en aquel punto del mapa donde está marcada la ciudad por medio de redondelitos concéntricos según vimos en la escuela. Pero todo nuestro esfuerzo para imaginarnos estar en Córdoba — a pesar de la evidencia de la estatua ecuestre del Gran Capitán, que va al peso de su inmovilidad caminando por la avenida — resultó inútil.

Siempre hay asombro y aturdimiento al salvar grandes distancias y hallarnos en otro sitio. Aceptamos empíricamente que saltando a la combe algunos meridianos en unas cuantas horas, nos podamos encontrar en aquella lejanía fabulosa que nos pareció inasequible.

Pero el parque solo, con su incipiente primavera y sus matutinas algaradas de pájaros y colores nos atosigaban los ojos y cosquilleaban el alma. Olvidamos la Geografía y sin el afán de aquellos que no gozan de la belleza de un monumento si no leen sus pormenores históricos y el nombre del autor en sus guías desvencijadas — fuimos delectando los senderos y enumerando el encanto disperso en las flores y las plantas ingenuas.

¡Un jardín en una ciudad! ¡Este velazo de campo que se ha metido atolondradamente en la Urbe! Estos caminitos que van por donde no van los atajos, con la parsimonia del que no sabe a donde ir! Por ellos ronda el guardia municipal cargado con todas las objeciones de una mala conciencia. Por ellos hacen sus carreras de sacos los gorriones saltando a pie juntillas, con el beneplácito del Gobierno y las Ordenanzas Municipales que prohíben desbaratar sus inocentes juegos.

Las ciudades de Europa apenas se diferencian una de otra. Su arquitectura y contextura orgánica son confundibles y sólo un europeo puede aquilatar ligeras diferencias de ambiente. Un asiático no haría distinción entre Bruselas, Madrid, Londres, París, Génova, Lyon, etc. (Así tampoco señalamos nosotros diferencia en las fisonomías de dos individuos de raza amarilla).

Pero los parques son las regiones capilares de las ciudades y por lo tanto uno de los ornatos que más las caracterizan.

Hay parques que, enrejados rectangularmente como por temor a que huyan al campo, son metódicos en el régimen vegetario y no se extralimitan en hacer crecer sus plantaciones moderadas.

Otros, por el contrario, — la idea contraria es la más cercana — son de temperamento impulsivo y revientan en plantas espontáneas, manifestaciones que el jardinero municipal no acierta a contener.

Los hay que, melancólicos y taciturnos, albergan paternalmente bajo sus frondas señoriales, los amoríos de la ciudad.

Y otros por los que pasa un viaducto, en los que hoy un lago o escarpada roca, cosas todas que guardan complicidad con el suicidio.

Y en las ciudades estos parques son los templos solemnes de dos extremos capitales: del amor y de la muerte.

Algo he visto en este jardín de Córdoba que no ví en ningún otro jardín público: macetas pintadas del mismo color que el de las flores que sustentan. Estas macetas al borde de los senderos

y en gran profusión, con sus colores vivos, dan la impresión de que el parque se cubre con un mantón de manila.

En Barcelona y Valencia los parques son ávidos en su postura municipal: bosteza en ellos la adornada llanura, son plazas y velazos de solar pintiparados, y trasciende su aspecto, a alcurnia ciudadana de pocos años, de ciudad del progreso.

En ellos no se remansa la población y el ajetazo muere en las verjas como el mar en un acantilado.

En Basilea hay algún tufo de parque descarriado entre las callejuelas — Gassen — mediocrales al pie de una Iglesia gótica, en apacible conjunto.

Toledo es una ciudad pelone, calva y rapada como la pintó maese Theotocopuli y tiene este color cetrino y el mismo cielo adusto y páramo descolorido con que la vió el Greco.

La ciudad de Palma (Mallorca) no vive en la intimidad de ningún parque.

Los "Square" eran en Londres originariamente unos jardines cerrados con verjas cuyas llaves tenían solamente los vecinos.

Los jardines son los pulmones de la ciudad, unos respiraderos públicos, y su misión es, además de la de ornar, la de consumir carbono y purificar el aire.

¿Pero dónde estábamos? ¡Ah! ya. En Córdoba. Es preciso crearlo.

Sombreros cordobeses, ciudad sin tranvías. Calles empedradas desigualmente donde se retuerce uno los pies voluptuosamente. Aspecto de pueblo, de aldea grande. Rejas y patios suntuosos.

En una zapatería venden zapatos de Mallorca.

En la mañanita ingenua penetramos en la gran mezquita, hoy Catedral (?) y allá nos pasan en el alma muchos sucesos.

J A C O B O S U R E D A

ELLOS Y NOSOTROS

POEMA FAMILIAR A JORGE LUIS BORGES

Mis abuelos y los suyos
tal vez fueron amigos, amigazos,
y se dieron un mate;
o fueron enemigos y se dieron un tajo.

Lo cierto es que trotaron muchas veces
por los mismos caminos:
los míos fueron montoneros orientales
y los suyos guerreros argentinos.

Nosotros, ahora,
más blandos,
si fué mate, poniendo yerba nueva
si fué tajo, lo mismo
con la herida tapada por la cinta de los años,
como marinos criollos
en la PROA mateando.

FERNÁN S I L V A V A L D É S

Versos para Fernán Silva Valdés

Ya le estoy estrechando la mano verdadera
Que sus versos me alargan. ¿Sabe que estoy contento
De que me madrugaran con tan linda nobleza
Y su amistá, que es mía, sabe que la merezco?

No por los versos chúcaros que pensó mi desgano
Sino por los ponientes peleadores que he visto
Y por una muchacha que me tuvo en su abrazo
Y por unas divisas que conservo en un libro.

Yguálenos el mate parejo y compartido,
El mate que es de muchos como el sol y la luna:
Volcancito que humea caliente como un nido,
Manso reló que mide las horas de la duda.

Dele a su honda guitarra. Mi corazón la escucha.
Y ella igual que un aljibe, desparrama confianza.
Levánteme la tarde, que en puertiando la luna
Saldré oscuro y callado, pero diré una lágrima.

Soy un criollo pueblero. La he perdido y la busco
A mi herencia de auroras y pingos y zorzaies.
Sus versos me la encuentran... Ya está dicho el retruco
Que mis tapias rosadas mandan a sus ceibales.

J O R G E L U I S B O R G E S

MISA DE ALBA

(FRAGMENTO DE NOVELA)

Oíamos la misa en el templo vecino al internado, adonde se llegaba después de un largo viaje por los pasillos sombríos del viejo caserón. El viaje y la misa eran buena coyuntura para ensanchar el horizonte de nuestras menudas sensaciones. Aquel templo gozaba al amanecer de un ambiente acogedor, y muchas púdicas muchachas se sumergían en las capillas aguardando devotamente a su pareja. El amor místico y el amor profano tenían allí su más delicada fusión, bien lejana de esa divergencia arbitraria de que alardean tantos cuadros simbólicos. Era siempre curioso sorprender al buen novio madrugador, mendigando en el vestíbulo de los templos las migajas del banquete celestial. Se adivina en ellos un fino temperamento de esposo, que hará feliz a la doncella. Nosotros conocíamos ya a varios lázaros complacientes. Alguno mezclaba las dos religiones en un sólo ímpetu, y avanzaba impaciente hasta encontrar a la novia que sabía luego repartir sus ternuras entre el prometido y el "Ancora de Salvación".

Los templos a esa hora están llenos de gruñidos apagados, de fracasos de bostezos, de "¡ay, Dios mío!" deslizados en la sombra por esas viejecillas arrugadas y negras que vienen arrastrando desde la calle los últimos girones de la noche. Al lado de las hembras perseguidas en el reducto divino, venían estos lamentables harapos de mujer que apenas tienen más hogar que este santo refugio. Casi siempre dormían, agazapadas en la sombra; otras pretendían despertar a alguna imagen, de su éxtasis indiferente, con plegarias bisbiseadas en las que siempre se interpolaba alguna sonora aportación sentimental.

Cada tribuna era capaz para muy pocos colegiales. Se gozaba de cierta independencia de acción, ya que el inspector apenas podía vigilar en su propia tribuna de la que todos huían solapadamente. Desde el balconcillo de la nuestra —yo procuré seguir a Roldán— veíamos el templo como un lago ceniciento del que surgían las vacilantes luce-

cillas de algún altar. No tardó Gloria en aparecer. Estos dos enamorados se restaban mutuamente las sorpresas. Como todos los amantes, sabían la hora y el punto donde volverían a mirarse. Le robaban al amor, con cada cita, toda la alegría de sus hallazgos. Yo dejé libre la circulación de miradas y saqué mi librito forrado de satén negro, lindo ataúd donde gemía Werther. Comencé por unas palabras de Carlota:

"El autor que prefiero es aquel en quien hallo el mundo que me rodea, el que cuenta las cosas tales como yo las veo en torno mío, el que con sus descripciones me atrae y me interesa como mi propia vida doméstica".

Aquellos pensamientos no podían ser de Goethe, sino de Carlota, la mujer discreta que cose, cocina y lee alguna vez a Ossian. Ella defendía agudamente su espíritu administrativo. Pero un fragmento de Economía Doméstica puede hacer brotar en nosotros — como en Goethe — todo un mundo de belleza ultraterrena. Werther conoció la sublimidad del alma de Carlota, en el modo de partir el pan... Este sencillo pasaje bíblico fué para Werther la cuna de todas sus vidas soñadas y posibles junto a Carlota truncadas por la pistola de Alberto. Werther comenzaba sus sueños por la Biblia, precisamente donde se ahogaban los míos. Ese Emaus no era cuna, sino tumba, para mí. Me recordaba la única vida, raquítica, estéril, que quedó de todas aquellas vidas magníficas, opulentas, comenzadas a soñar en la infancia.

Aquella mañana se proyectó dentro de mí toda la película familiar. A lo largo de sus jornadas se sucedía una cronométrica aparición de niños. Con la misma inquebrantable persistencia de las estaciones, como en mayo se llenaba de lirios el jardinillo parroquial y al desvanecerse los lirios florecía el granado — único árbol frutal del jardinillo — así en la casa lloraba cada dos años un nuevo infante. Nadie aguardaba su aparición, ni apenas en el hogar había asiento para ellos; eran seres anónimos que entraban a formar parte de cierta colección de rapaces conocida en la aldea con la vaga designación de "los chicos del tío Lucas", pues nadie supo nunca llamar individualmente a los niños. El padre complicó esta evidente dificultad de retener todos los nombres. En el bautismo, recibía cada niño un nombre sagrado, escogido entre los más prestigiosos del Antiguo Testamento. No había peligro de agotar la Vieja Ley, aun con la virilidad más floreciente, y sin esfuerzo alguno imaginativo, podía irse espigando entre aquellos nombres sonoros de reyes, patriarcas y profetas.

Así fueron apareciendo en el hogar Saúl, Ester, David, Ezequías, Samuel, Abraham, Rubén, José, Benjamín... Se evitaban cuidadosamente los nombres de ramera tan abundantes en la Biblia, o de personajes de conducta dudosa, necesitada de menuda exégesis, o simplemente nombres de muchas sílabas. Lot y Nabucodonosor fueron excluidos felizmente de la familia. Pero, aun bien seleccionado el stock de nombres más sonoro y plegadizo, no lograron nunca ser retenidos y taxativamente adjudicados a sus poseedores. David me precedió en la aparición en el mundo y Abel me siguió. Por esto fui llamado David, Abel, y, otras veces, Rubén, o Saúl, según la capacidad métrica de los ojos del que me llamaba. Solían nombrarnos atendiendo a la estatura, y pocas precisaban con exactitud la talla correspondiente a cada profeta, rey o patriarca. La misma madre se equivocaba hartas veces.

Así, mi primera emoción, al poder reflexionar sobre mi entrada en el mundo, fué la de que nadie conocía mi nombre ni a nadie le importaba conocerlo. La segunda emoción fué más amarga: tampoco importaba a nadie mi vida, ni siquiera a los míos. En el desfile de rapaces conocidos en el pueblo por "los chicos del tío Lucas", era yo el décimotavo; y cuando la paternidad llega al décimotavo cariño, suele llegar muy mermada. La tercera emoción—fruto de mi primera curiosidad—fué la de saber que ni siquiera me trajo a la vida una ráfaga vehemente de pasión, sino cierto gastado mecanismo echado a andar por la costumbre.

Cuando yo aprendí mi nombre, ya hubo en el mundo—uno sólo—que lo sabía y lo recordaba con cariño. Un secreto impulso me empujaba a afirmarlo, a gritarlo, pero mi timidez—azorada siempre ante el ridículo—ahogó mi voz. Comencé a gozar de vida interior cuando apenas conocía la exterior. No puede decirse que me refugié en mí mismo, puesto que nunca pude salir de mí, y tanto me ruborizó mi condición de individuo de masa que por esto sólo creí merecer ser destacado de ella. Antes de cuajarse mi consciente individualidad ya tuve precisión de atrincherarme en ella para no borrarla ante mis ojos, como estaba borrado a los ojos de todos los demás. Mi primera actitud ante los hombres y las cosas fué de recelo, y poco a poco de indiferencia. Pero este recelo y esta indiferencia—cansancio de ser centinela de todo lo que me rodeaba—supe muy pronto

que eran dos delitos imperdonables. Comenzaron a decirme que debía gratitud eterna a las causas desconocidas que me habían traído caprichosamente a la tierra, hecho eslabón borroso de una monótona cadena. Supe con gran asombro que todo — el campo, las nubes, el sol y la luna — había sido creado para mí; que todas aquellas maravillas apenas vislumbradas en mis primeros aturdimientos infantiles, habían sido producidos para mí. Se habían creado para mi regalo las frescas mañanas de primavera y las deliciosas tardes de otoño; y, en cambio, todo lo que entonces era golosina apetecida por mi avidez infantil, estaba muy lejos de haber sido elaborado para mí. Los melocotones de terciopelo amarillo y los ciruelos violeta, tan sabrosos; los dulces y pasteles de la tienda, estaban siempre lejos de mis manos. Ni siquiera los telares trabajaron unos minutos para vestirme, pues la tela de mis endebles trajecillos llegaba a mi carne al fin de numerosas transmigraciones. Nada, en suma, de lo pequeño que apetecía entonces pude lograrlo; y de los dones mayores — el aire, el agua, el calor y la luz — no acertaba a agradecer ninguno, porque veía a los pájaros disfrutar de todos ellos sin creer nunca que sus gorjeos fuesen cantos de gratitud. Era además preciso ser obediente a los que me habían precedido en la vida. Hubo dos seres que instigados por cierto impulso cronométrico llamaron a la puerta del recinto donde bullen los seres posibles, donde yo era apenas una sombra realizable; a estos predecesores míos debía obediencia y gratitud, quizá por no haberme expuesto al nacer en medio del campo, o no haberme dejado morir en la cuna, de hambre o de frío. Cualquier hombre, con el fútil pretexto de haberme precedido en el mundo, me exigía ya respeto, mostrándome unas canas o unas feas arrugas. Estaba hundido en una red de minuciosos deberes, de los cuales el más extraño era desarmar cotidianamente la cólera divina por cierta infracción legislativa cometida milenios antes por mis antepasados. Yo, niño indefenso y borroso, sin nombre apenas en el mundo, tenía sobre mí la carga abrumadora de cierto enorme delito prehistórico, de la que no pudo librarme todo el llanto de millones de reos intermedios. Por una parte se me negaba hasta el placer más mezquino y por otra se me amenazaba con toda una tradición preñada de relámpagos y truenos, y con un futuro de hogueras y de sombras.

En la primera meditación sobre mí mismo, adiviné tal ensaña-

miento de todo contra un pobre niño desarmado, desnudo, que vacilé entre sonreír de la insensatez de todo o maldecir de todo. No supe entonces odiar ni pude aprenderlo nunca, pero tampoco sabía aún sonreír: era demasiado niño. Mi actitud fué la de un viajero curioso y triste, para quien todo era tan nuevo como agresivo y acerado. Cuando yo pude razonar mi vida, la hallé tan marginal, tan vacía de sentido, que sólo andando por la tierra como un sonámbulo, sin preguntar nada, sin desear nada podía ser vivida: preferí adivinarlo todo, según fuese rozando mi epidermis. Nada pregunté acerca de los arcanos de la mujer y del amor. Un momento luminoso, un perfil, una palabra dejada caer cerca de mí fueron más tarde las llaves pequeñitas que me fueron abriendo lentamente las ventanas herméticas, tan duras y espesas, que me incomunicaban con el mundo. Mi propia soledad era mi única maestra y confidente. A su sombra pude forcejear en las mohosas cerraduras y lograr asomarme al aire y al sol. Nadie cuidó de seguirme los pasos en aquellas galerías intrincadas de mi pensamiento; y de mí sólo veían el hombre que avanza como en sueños, un poco sinuoso, un poco vacilante, acaso un poco necio a fuerza de no querer saber nada de los otros. Tampoco pensé que los otros pudiesen ser más felices. Gozarían o no del mundo, pero siempre por un capricho del azar, a quien no había por qué exigirle cuentas; sufrían o no según su mayor capacidad para el dolor, pero a nadie podía reprochársele su poca o mucha fortuna. Iban y venían por el mundo sin saber la razón de nada, y sus vicios y virtudes eran apenas detalles insignificantes dejados a su arbitrio, como esos juguetes menudos que el padre avariento deja a los niños, después de encerrados los juguetes costosos de los que él sólo conoce el escondite.

El templo seguía en la sombra, salpicada la neblina oscura por las mismas lucecitas. En vano intentaba hacer surgir de algún escorzo femenino, de alguna nuca entrevista bajo la espuma negra de un relillo, la serpentina rosada de una ondulante tentación que se fuese enroscando a mi espíritu como se enroscan a los fustes barrocos esas guirnalda tan nutridas de cerezas, racimos de uvas, granadas, diablejos irónicos, arrullos de tórtola y pechitos duros de aldeana. En uno de los retablos huía San Antonio de un tropel de horrendas mujeres desnudas capaces de inspirar un profundo misoginismo al más ardiente

Casanova. El imaginero logró imprimir anticipadamente en la carne de aquellas infelices cortesanas, tal huella de la futura reprobación, que, ya, en lugar de convidar al santo a un dulce deleite, parecían ofrecer sus piernas y brazos disecados para renovar el haz de surmientos de la cama del asceta.

Pero cambiaron de lugar dos lucecillas y el coro de espectros quedó totalmente borrado. En cambio fué destacándose de una pilastra la descomunal silueta de una santa penitente que alargaba a los devotos una calavera. Aquella calavera se trasladaba otra vez al jardinillo parroquial, frente a la cenicienta explanada en que se arremolinaba el pueblo. Había en él largas hileras de lirios morados, alhelios raquíticos y un vallado de zarzas; y, en un rincón, entre un puñado de matas marinas, otro puñado de huesos amarillos renovados con frecuencia por los continuos hallazgos del jardinillo, antes cementerio de la aldea, que verdeaba al costado de un muro del templo. Entre aquellos despojos olvidados y aquellas florecillas raquíticas, comencé a sentirme vivir, y ví que mi vida era tan triste como inútil. Si alguna vez sentía deseos de saltar de aquel recinto muerto al caminito que partía en dos la llanura, bajaban en seguida de la torre unos broncos tañidos que abrian en redor mío ondas tan anchas, argollas tan pesadas, que mi deseo quedaba allí ahogado, yerto.

Otra vez se movieron las lucecitas, y ahora su reflejo dió plenamente en el rostro azorado de una bella fiel. Cuando ella se sintió desnuda de sombras ante los colegiales que veía asomar por las tribunas, alzó un poco la frente del devocionario, quizá para justificar con la tentadora boca la necesidad de acudir a la oración. Se embuinaba que sus ojos pudorosamente abatidos sobre el librito, intentaban contrarrestar el peligro de mirar sus labios. Era un cuadro de Rembrandt, sumergido en el tumulto de larvas que hormigueaban en el templo, capaz de hacernos aprender una deliciosa lección de eclecticismo piadoso. Se fundían en aquel rostro, armoniosamente, el veneno y el antidoto, el pecado y la contrición.

Y el rito iba haciendo mover las lucecillas sobre el altar, sin saber que a cada nueva posición de los candeleros de bronce correspondía una nueva dirección de muchas trayectorias imaginativas. Eran dos caprichosos discos de señales que con sus cristaliticos rojos, verdes y azules, obligan a un tren a lanzarse por raíles fantásticos; a dete-

nerse, a crecer o disminuir la velocidad; a retroceder, o a avanzar hasta volver loco al maquinista.

Los últimos momentos de la misa los medí por las lancetas de hielo que se clavaban en mis pies. Reaccionaba el invierno contra el pobre calor de aquellas fogatas imaginarias. Estaba ya un poco cansado de seguir la ruta de las pupilas de Roldán, y todas las posibles rutas de las pupilas de todo el internado. La muchacha de los labios pecaminosos, había apartado su cara del riesgo de las luces, como el jugador que retira su fortuna de una carta en un momento de reflexivo miedo al azar. Además el tropel de sombras iba forjando sus contornos, y perdiendo sugestión. Un vulgar amanecer iba filtrando su claridad en el templo, haciendo perder un grado a los sencillos imagineros que la sombra sugerente, imprecisa, había elevado a la soñada categoría de escultores.

Cuando el celebrante se alejó del altar, yo recogí las últimas miradas de Gloria y Roldán. Quedó ella abajo, al pie de la tribuna, gimiendo, acaso, por la desaparición del doncel, como las amadas medioevales lloran al pie de las murallas donde desfallece entre cadenas y versos plagados de signos de admiración, al pobre caballero. Las tribunas podían ser almenas de una torre, por donde el preso se asoma burlando al carcelero, y al punto ¡ay! desaparece.

Salimos a los pasillos, ya menos negros, porque los fámulos habían ido barriendo las sombras. Comenzaba el día escolar.

Madrid, 1925.

BENJAMÍN JARNÉS



me pongo la luna como una flor de jacinto, la moja mi lágrima
[lúgubre;
ahito estoy, marcha mi vida con todos los pies parecidos.
crio el sobresalto, me lleno de terror trasparente;
estoy solo, en una pieza sin ventanas
sin tener qué hacer con un itinerario sin esperanzas, la verdad
veo cubrirse de caracoles las paredes como orillas de buque,
pego la cara a ellas absorto profundamente también desesperado
detrás de un reloj no amando la noche quiero que pase
con su tejido de culebra con luces
o frío cinturón del hemisferio;
soy la yegua que sola galopa perdidamente, galopa a la siga
[del amanecer muy triste;
agujero sin cesar cuando acompaña con mi sordera estreme-
[ciéndose.
¡Ah, saltan como elásticos o peces los habitantes acostados,
mis alas absorben y conducen entre su pabellón oceánico, ex-
[tendiéndose,
ladran en los campos y amanecen los puertos como herraduras
[abandonadas.
¡Ay, me sorprende: estaba solo; canto en la carpa, delirante
como un equilibrista enamorado o el primer pescador
pobre hombre que aislas temblando como una gota
un cuadrado de tiempo completamente inmóvil.

P A B L O N E R U D A

DE "ENTRE RÍOS 1583"

P L A T A F O R M A

Sin salir de esta casa
mis ojos han gastado el cosmorama.

(Cuando crucé el Atlántico fui avaro de emociones;
hoy, rico de nostalgias, me apresuro a evocarlo
hasta en la tina donde las manos milagrosas
de mi madre licúan azul para la ropa).

Quiero beber poesía
salgo al patio y abrocho mis miradas al cielo
salpicado de estrellas o dorado de sol
y con el fijativo de mi verso
eternizo el instante que deseo.

Cuando el último 50
se lleva media noche a la estación
la calle se humedece de silencio
y yo, desde la puerta,
a favor de las sombras desarrollo
films arrebatadores.

En el avión de un libro
lejanías y ensueños martirizo.

Y si el dolor que suele ser el huésped
de esta casa de pobres,
me invita inexorable a la congoja,
gracias le doy pues me abre
los ojos a la vida.

Sin salir de esta casa que mi canto contiene
derrocho sensaciones y aventuras
y matizo mis horas con pueriles diabluras
mientras aguardo a la que nunca viene.

V I S I T A

Hoy ha venido a verme Figueroa.
Figueroa es un mozo empenachado
de firmes promisiones,
gusta dar puntapiés a la pelota
de sus ensueños en las noches mansas
y ha venido a buscarme porque sabe
que yo soy un "goalkeeper" distraído.

Antes sendos pocillos de café
incendiamos las horas
con hachas de proyectos fervorosos;
cuando se hizo inminente
el síncope mortal de nuestra charla
nos entregamos a la voluptuosa
labor de despeinar algunos versos.

Y en esas cuatro horas
ni una sola mujer se ha aventurado
a asomarse al balcón de nuestras frases.

PASA UN AEROPLANO

El cielo se enriquece de miradas
y los hombres de cielo.

C É S A R T I E M P O



Discurso sobre la esencia y la forma de la poesía

(Continuación)

IV

Recordáis Señores, que queriendo con el canciller Bacón distinguir la esencia y la forma de la Poesía, he tomado mi texto en las obras de Platón. Es aún a este hombre, justamente llamado divino por sus mismos rivales, al fundador de la Academia, que le voy a pedir prestado el germen de mi idea.

Este filósofo compara el efecto que hacen los verdaderos Poetas sobre los que los escuchan, en la piedra magnética, que no solamente atrae los anillos de hierro, pero les comunica, además la virtud de atraer otros anillos.

A fin de apreciar bien la fuerza de este pensamiento, y de seguir todas sus consecuencias, hay que colocar una verdad de hecho: es que los hombres destinados por la Providencia a regenerar el Mundo, de cualquier modo que sea, a abrir una carrera cualquiera, son extremadamente raros. La Naturaleza dócil al impulso que ha recibido, de llevar todo a la perfección por medio del tiempo, elabora con lentitud los elementos de su genio; los coloca a grandes distancias sobre la Tierra, y los hace aparecer en épocas muy distantes las unas de las otras. Es necesario que los acontecimientos que deben determinar a estos hombres hacia un fin, sean llevados de antemano; que las circunstancias físicas en las cuales ellos nazcan colocados, coincidan con la inspiración que los espera; y que así todo prepare, todo proteja, todo sirva al designio providencial.

Esos hombres así diseminados sobre la Tierra, vengan en medio de las naciones, para formarlas, para darles sus leyes, para esclarecerlas, para instruir las. Son como las antorchas del genio humano: es a ellos a quienes atribuyo la inspiración primera. Esta inspiración, es inmediata; emana del primer principio de toda inteligencia, del mismo modo, para servirme de la comparación de Platón, que la fuerza magnética que anima al imán, emana de su causa. Está profundamente escondida a nuestros ojos: es ella la que enciende el genio de un teósofo, como Taóth, Orfeo y Zoroastro, de un Alócrata como Kristmen, Moisés o Mahoma; de un filósofo, como Kong-Tzée, Pitágoras o Sócrates; de un poeta, como Homero o Valmíc; de un héroe triunfador como Ciro, Alejandro o Napoleón.

Los hombres que siguen los rastros de esos hombres primordiales, que se dejan penetrar por su genio, reciben lo que llamo la inspiración segunda. Todavía pueden ser grandes hombres, pues los que les sirven de modelo son muy grandes; y pueden aún comunicar la inspiración, pues obra en ellos con una fuerza exuberante. Limitémosnos a la inspiración

poética, y escuchemos a Platón: "La Musa, dice él, inspira inmediatamente a los poetas, y éstos comunican a otros su entusiasmo, y se forma una cadena de hombres inspirados. Es por medio de esta cadena que la divinidad atrae el alma de los hombres, y la conmueve a su agrado, haciendo pasar su virtud de eslabón en eslabón, desde el primer Poeta inspirado hasta el último de sus lectores o de sus rapsodas".

Es por medio de esta cadena magnética que se puede, en otra esfera de movimiento, explicar esta tan conocida verdad, que los grandes reyes hacen los grandes hombres; es también por ella que se puede comprender como un monarca, llamado a fundar un vasto imperio, hace penetrar su voluntad en todos los corazones. Se apodera de todas las almas, y propagando su valor en seguida, electriza su ejército y lo llena de una multitud de héroes.

Homero recibió, pues, una inspiración primera, el móvil poético de Eurcpa fué creado, el principio de una cadena imantada que apropiándose sin cesar de nuevos eslabones, debía cubrirla por sus numerosos prolongamientos. Sus primeras conquistas fueron en Grecia, sus versos, llevados de ciudad en ciudad por actores conocidos bajo el nombre de rapsodas, y excitaron el más vivo entusiasmo: pasaron muy pronto de boca en boca, fijaron la atención de los legisladores, se volvieron el ornamento de las más brillantes fiestas, e hicieron en todas partes la base de la instrucción pública. La llama secreta que recelaban, desenvolviéndose en las almas jóvenes, enardeció los gérmenes particulares que poseían, y sus especies diversas y la fecundidad del suelo, produjeron una multitud de talentos. Los poetas que se encontraban dotados de un genio bastante vasto para recibir por entero la inspiración segunda, imitaban su modelo y se elevaban hasta la epopeya. Antímaco y Diciógeno se hicieron notar, el uno por su Tebaida, el otro por sus versos cypriacos. Los que la naturaleza dotó de pasiones más suaves que fuertes, más tiernas que vehementes, inclinaciones más campestres que belicosas, cuya alma encerraba más sensibilidad que elevación, se limitaban en copiar algunos grupos aislados de este vasto cuadro, y los colocaban según su gusto en los palacios y bajo la paja, haciendo oír los acentos del dolor o del júbilo, las quejas de los héroes o los juegos de los pastores, y creaban así la elegía, la égloga o el idilio. Por el contrario los otros, cuyo entusiasmo demasiado vehementemente abreviaba la duración, cuyas vivas pasiones, fogosas, dejaban poco imperio a la razón, que se dejaban arrastrar fácilmente hacia el objeto por el cual eran momentáneamente cautivados, daban nacimiento a la oda, al ditirambo, a la canción, según la naturaleza de su genio y el objeto de su pasión. Estos eran más numerosos que todos los otros juntos, y las mujeres que se distinguían y rivalizaban y hasta sobrepasaban a los hombres; Corina y Myrtis no le cedían ni a Estesícoro, ni a Píndaro; Safo y Telesillo borraban a Alceo y Anacreonte.

Se dice que el arte con el cual Homero había puesto en acción a los Dioses y a los hombres, opuesto el Cielo y la Tierra, pinta los combates de pasiones, habiéndose unido a la manera cuyos rapsodas declamaban sus poemas, relevándose alternativamente los unos y los otros y cubriéndose de vestiduras de diversos colores, adaptadas a la circunstancia, había insensiblemente dado nacimiento al género dramático y a las representaciones teatrales. Esto en un sentido verdadero, tiene necesidad de una distinción: servirá al mismo tiempo para aclarar lo que acabo de decir.

Hay que recordar que la Poesía intelectual y racional, o teosófica y

filosófica, ilustrada por Orfeo, y que Homero había reunido al entusiasmo de las pasiones para constituir la epopeya, no existía menos separada que esta última. Mientras que los discípulos de Homero, o los Homeridas, se esparcían afuera y se apoderaban del mundo laico o profano, el mundo religioso y sabio estaba siempre ocupado por los discípulos de Orfeo, llamados Eumolpidos. Los Hierofantes y los Filósofos continuaban escribiendo como antes, sobre teología y física. Aparecían de tiempo en tiempo teogonias y sistemas cosmológicos, dionisíacos, heráclidas, oráculos, tratados sobre la Naturaleza, apologías de moral, que no tenían ninguna relación con la epopeya. Los himnos o los peánes que emanaban de los santuarios en honor de la Divinidad, no se parecían absolutamente a las odas ni a los ditirambos de los poetas líricos: tanto eran vehementes y apasionados, tanto los otros afectaban ser calmos y majestuosos. Existía, pues, en esta época dos especies de poesía, igualmente bellas cuando alcanzaban su perfección respectiva: la Poesía eumolpica y la Poesía épica; la primera, intelectual y racional; la otra, intelectual y apasionada.

Sin embargo los misterios divinos, escondidos a los profanos, manifestados sólo a los iniciados en ceremonias y fábulas simbólicas, aún no habían salido de los santuarios: había cerca de mil años que habían sido inatituidos por Orfeo, cuando se vió por vez primera algunas de estas fábulas y de estas ceremonias, ridículamente disfrazadas, translucirse de pronto entre el pueblo y servirle de diversión. Las fiestas de Dionisos, célebres en la época de las vendimias dieron lugar a esta especie de profanación.

Vendimiadores embadurnados de hez, libándose en la ebriedad del vino, a un entusiasmo indiscreto, se pusieron a pregonar de lo alto de sus carretas, las alegorías que habían aprendido en sus iniciaciones campestres. Estas alegorías, a las cuales ni los actores ni los espectadores no comprendían nada en el fondo, parecieron sin embargo picantes a los unos y los otros por las interpretaciones malignas que les daban ellos. Tales fueron los comienzos débiles del arte dramático en Grecia; nació de la profanación de los misterios órficos, del mismo modo que se le vió renacer entre nosotros de la profanación de los misterios cristianos. Pero este arte era ya viejo en Asia cuando nació en Europa. Ya he dicho que había en la celebración secreta de los misterios, verdaderas representaciones dramáticas. Estas ceremonias místicas, copiadas sobre las que tenían lugar en la celebración de misterios egipcios, habían sido llevadas a Egipto por los sacerdotes indios en la época muy remota, en que el imperio del Indostán se extendía sobre esta región. Esta comunicación que es hecha de un pueblo a otro ha sido demostrada hasta la evidencia por las sabias pesquisas de académicos de Calcuta, Jones, Wilford y Wilkin, que han probado lo que dijo en otro tiempo Bacón, hablando de las tradiciones griegas, "que no era más que un aire más ligero que, pasando por intermedio de un pueblo antiguo en las flautas de los Griegos, había sido modulado por ellos mismos en sonidos más suaves, más armoniosos y más conformes al clima y a su brillante imaginación.

Una coincidencia singular que no escapará Señores, a vuestra sagacidad, es que el arte dramático, cuyo origen se pierde en la India en la noche de los tiempos, ha tomado también nacimiento en los misterios de la Religión. Es durante el Ram-Jatra, fiesta anual celebrada en honor de Rama, el mismo que el Dionisos de los Griegos, o el Baco de los latinos, que aun se ve las representaciones teatrales que han servido de

modelo a las obras más regulares que se han hecho seguidamente. Estas representaciones, que ruedan casi todas sobre las proezas de Rama, y sobre las victorias que este Dios bienhechor obtuvo sobre Rawhan, el principio del mal, son mezcladas de canto y de relato, exactamente como eran las de los Griegos antiguos.

Sabéis, Señores, que los primeros ensayos de la Tragedia tuvieron por objeto celebrar las conquistas de Baco y su triunfo, del cual el de Apolo sobre la serpiente Python, celebrado en los juegos pyticos era la emblema. Los de los indios que parecen haber conservado las tradiciones más antiguas, puesto que los libros sagrados están escritos en lengua pali, considerada anterior al sanscrito, por algunos malos sabios, los Burmanos han, de tiempo inmemorial, consignado los misterios de Rama en los dramas escénicos, que han ejecutado en público el día de la fiesta de este Dios. No creo inútil hacer observar aquí que el nombre de Rama, que en sanscrito significa lo que es brillante y bello, lo que es sublime y protector, ha tenido el mismo significado en fenicio, y que es a este mismo nombre al que se ha adjuntado un artículo demostrativo común al caldeo araméneo y al asirio, que se ha formado la palabra *drama*, que habiendo sido adoptada por la lengua griega, pasó enseguida a la lengua latina y a la nuestra. Esta palabra ha expresado una acción, porque en efecto describió una en los misterios, y que desde luego su raíz primitiva se refería al movimiento regular en general.

Pero como su designio no era el de seguir este movimiento en este momento el arte dramático en todas sus ramificaciones, y me basta el haber claramente indicado la cuna, vuelvo a Grecia.

El espectáculo del que he hablado, por efecto de un entusiasmo báquico y primero abandonado al capricho de algunos rústicos vendimiadores, cuyas indiscreciones no parecieron temibles, asombró talmente por su novedad, y produjo un efecto tan maravilloso sobre el pueblo, que no se tardó en ver algunos hombres de espíritu más cultivado, querer tomar parte, sea por gusto, sea por interés. Thespis y Susarion aparecieron al mismo tiempo, y tomaron cada cual según su carácter, el uno el lado noble y serio, el otro el lado ridículo y jocoso de las fábulas mitológicas, dividiendo así, desde su nacimiento el arte dramático y distinguiéndolo en dos especies, la tragedia y la comedia: es decir, el canto elevado y austero, y el canto jubiloso y lascivo.

Sin embargo los gobiernos hasta entonces, bastante indiferentes a estas diversiones campestres, advertidos de ciertas libertades demasiado fuertes que Thespis se había permitido, se percataron de las profanaciones que resultaban, y de las cuales, sin duda, los Eumolpides les mostraron las consecuencias. Quisieron prevenirlos, y Solón hasta hizo una ley a este respecto; pero era ya demasiado tarde; el pueblo atraído en masa a estas representaciones por informes que fuesen, volvió inútil la previsión del legislador. Hubo que ceder al torrente, y no pudiendo atajarlo, tratar por lo menos de contenerlo en sus justos límites. Se le dejó un campo libre para el bien que podía hacer, fertilizando nuevas ideas, y se le opusieron por severos reglamentos, a lo que esos desbordamientos podían tener de peligroso para la religión y para las costumbres. Se permitió bien a los autores dramáticos el desentrañar el sujeto de sus piezas en la fuente de sus misterios, pero se les prohibió, bajo pena de muerte, divulgar el sentido. Esquilo, el primero de los poetas dramáticos, habiendo violado involuntariamente esta ley, corrió el peligro de

perder su vida. Se establecieron jueces esclarecidos para decidir sobre la bondad de las obras presentadas a concurso, y se guardaron bien, de abandonar a las aclamaciones por de pronto apasionadas del pueblo, la aprobación o desaprobación que contenían. Estos jueces, consumados conocedores de la música y la poesía, debían escuchar en silencio hasta el fin, y mantener todo dentro del orden y el decoro. Platón atribuye al desuso en que cayó esta ley, y al dominio absoluto que el pueblo se arrogó sobre los teatros, la primer decadencia del arte, y su entera corrupción.

Esquilo, que acabo de nombrar, fué el verdadero creador del arte dramático. Fuerte por la inspiración que recibía de Homero, transportó a la tragedia el estilo de la Epopeya y la animó con una música grave y simple. No contento de las bellezas morales con que su genio lo embellecía, quiso que la música, la pintura, la danza le prestasen su concurso y compitieran con la ilusión de los sentidos. Hizo levantar un teatro en que las más ingeniosas máquinas, las más magníficas decoraciones, desplegaban sus mágicos efectos. Se vió, en la tragedia de Prometeo, temblar la tierra, elevarse en el aire nubes de polvo; se oyó el silbido del viento, el estrépito del trueno, y se fué deslumbrado por el fuego de los relámpagos. El antiguo océano apareció sobre las ondas, y Mercurio vino de lo alto de los cielos a anunciar las órdenes de Júpiter.

En la tragedia de las Euménidas, estas divinidades infernales aparecieron en la escena en número de cincuenta, vestidas de un traje negro, ensangrentado, la cabeza erizada de serpientes, teniendo en una mano un velón y en la otra un látigo. Contestaron a la sombra de Clitemnestra que las evocaba, por un coro de música talmente espantoso, que un terror general, habiéndose apoderado de la asamblea, hubo mujeres que tuvieron antes de término dolores de parto.

Según, esto, se siente, que la tragedia griega tenía en sus formas teatrales, mucha relación con nuestras óperas modernas; pero lo que eminentemente las distinguía, es, que, salidas todas enteras del fondo de los santuarios, poseían un sentido moral que los iniciados comprendían. He aquí lo que las ponía por encima de todo lo que podríamos concebir hoy, lo que les daba un precio inestimable. Mientras lo vulgar solamente, deslumbrado por la pompa del espectáculo, arrastrado por la belleza de los versos y de la música, se libraba a un júbilo fugitivo, el sabio gustaba un placer más puro y durable, recibiendo la verdad en el mismo seno de las mentirosas ilusiones de los sentidos. Este placer era tanto más grande, cuanto más perfecta había sido la inspiración del poeta, y que había logrado mejor hacer sentir bien el espíritu alegórico, sin traicionar el velo que lo cubría.

Esquilo fué más lejos en la inteligencia del sujeto que ninguno de sus sucesores. Sus planos eran de extremada simplicidad. Poco se apartaba de las tradiciones mitológicas. Todos sus esfuerzos no tendían más que a poner al día sus instrucciones, a hacer penetrar en sus bellezas escondidas. Los caracteres de sus héroes, fuertemente dibujados, se sostenían a la altura en que Homero los había colocado. Hacían marchar el espanto ante ellos, sin que jamás fuesen espantados. Su fin era de conducir a la virtud por el terror, y de inspirar a las almas una fuerza capaz de resistir igualmente a los deslumbramientos en la prosperidad, al desaliento en los reveses.

Sofocles y Eurípides siguieron de cerca a Esquilo, y lo sobrepasaron en ciertas partes del arte, el primero hasta triunfar de él a los ojos de la multitud; pero el pequeño número de sabios, fieles a los verdaderos principios, lo miró siempre como al padre de la tragedia. No se puede negar que Sofocles no fuese más perfecto en la conducta de sus planes, en la regularidad de su estilo; que Eurípides no fuese más natural y más tierno, más hábil para interesar, en conmover las pasiones; pero estas perfecciones, resultantes de la forma, no se hubieran podido adquirir sin que la misma esencia del drama no fuese alterada; es decir, sin que el genio alegórico que había precedido a la composición de las fábulas que los poetas desentrañaban siempre en los misterios religiosos, no sufrieran varios desvíos, y no fueran a menudo tornados irreconocibles, a través de los ornamentos extraños con que los cargaban. Sofocles y sobre todo Eurípides, aficionándose a perfeccionar la forma, dañaron pues realmente al principio del arte, y apuraron su corrupción. Si las leyes que primero se habían promulgado contra los que, tratando los sujetos trágicos, y envileciendo el sentido misterioso habían sido ejecutados, no se hubiera soportado que Eurípides hubiese pintado tantos héroes degradados por la adversidad, tantas princesas extraviadas por el amor, tantas escenas de vergüenza, de escándalo, de perversión; pero el pueblo, ya degradado y vecino a la corrupción, se dejaba llevar por estos cuadros peligrosos, y el mismo se adelantaba hacia la copa de veneno que le era ofrecida.

Hay que decirlo con franqueza. Es al mismo encanto de estos cuadros, al talento con el cual Eurípides sabía colorearlos, que se debe atribuir la decadencia de las costumbres atenienses, y el primer golpe asestado a la pureza de la religión. El teatro hecho en la escuela de las pasiones, y no ofreciendo al alma otro alimento espiritual, abrió una puerta por la cual se deslizaron hasta los santuarios los desprecios y la irrisión de los misterios, la duda, la más sacrílega audacia y el entero olvido de la Divinidad. Esquilo en sus héroes, había representado personajes sobrenaturales; Sófocles pintaba simples héroes, y Eurípides a menudo menos que a hombres. Luego, esos personajes eran, a los ojos del pueblo, o los hijos de esos Dioses, o esos mimos Dioses. Qué idea podían pues formarse de su debilidad, de sus crímenes, de su conducta odiosa o ridícula, sobre todo cuando esas debilidades, o esos crímenes, no eran ya representados como alegorías, a las cuales había que buscársele el sentido, pero como acontecimientos históricos o frívolos juegos de la imaginación? El pueblo debía, siguiendo el grado de sus luces, librarse a la impiedad o a la superstición; los sabios debían hacer profesión de dudar de todo, y los hombres poderosos, fingiendo creer todo, debían mirar todas estas partes con una igual indiferencia. He aquí precisamente lo que aconteció. Los misterios se corrompieron, porque uno se acostumbró a mirarlos como corrompidos; y el pueblo se volvió intolerante y fanático, en el temor de ser cada uno juzgado lo que realmente era, es decir, impío.

Tal fué el efecto del arte dramático en Grecia. Este efecto, primero insensible, se volvió manifiesto a los ojos de los sabios, cuando el pueblo, erigiéndose en soberano del teatro, desconoció los jueces nombrados para decidir sobre las obras de los poetas; cuando los poetas, celosos de obtener los sufragios de la multitud, consultaron su gusto ante que la verdad, sus pasiones versátiles más bien que la razón, y sacrificaron a su capricho las leyes de la honestidad y de lo bello.

Desde que la tragedia, revocando las fábulas de los misterios, las hubo transformado en hechos históricos, no hubo más que hacer un paso para elevar los hechos históricos al rango de sujetos de tragedia. Se dice que Frínico fué el primero que tuvo esta audacia. Puso en el teatro *la loma de Mileto*. El pueblo de Atenas, por una extravagancia que lo pinta, condenó al poeta a una multa muy fuerte, por haber desobedecido la ley, y lo coronó a causa de las lágrimas que había volcado en la representación de su obra. Pero no fué bastante el confundir así la realidad y la alegoría; bien pronto se mezclaron las cosas santas a las profanas, forjando sin ninguna especie de fin moral, sujetos enteramente fingidos y fantásticos. El poeta Agatón, que fué el autor de esta nueva profanación, había sido el amigo de Eurípides. Probó así, que desconocía en absoluto la esencia de la poesía dramática, e hizo dudar que Eurípides la conociera mejor que él.

Así, por espacio de menos de dos siglos, la tragedia, nacida sobre los tablados de Thespis, elevada por Esquilo a un teatro más noble, llevada a su último grado de esplendor por Sófocles, se había ablandado ya en las manos de Eurípides, había perdido el recuerdo de su celeste origen cerca de Agatón, y tendía hacia una rápida degeneración, abandonada a los caprichos de un populacho tan imperioso como ignorante. La comedia, menos reservada, no tuvo mejor destino. Después de haber lanzado sus primeros razgos sobre los héroes y semi-Dioses de Grecia, de haberse apoderado de algunas alegorías poco medidas, para poner hasta los mismos Dioses en ridículo; después de haber bafado a Promoteo y Triptolemo, Baco y las Bacantes, haberse burlado del cielo y de la tierra, de la edad de oro y de las estaciones, atacó a los hombres en general y en particular, silbó sus ridiculeces, persiguió sus vicios reales o supuestos, y los libros sin miramientos, como sin piedad, a las risotadas o al menosprecio los unos de los otros. Epicarmo, que dió algunas reglas a las farsas indecentes de Susarión, fué seguido de Mañés, de Cratino, de Eupolis y de una multitud de otros poetas cómicos, hasta Aristófanes, cuyas amargas sátiras no encontrando bastante asidero en algunas ridiculeces oscuras, se aficcionaron en denigrar la ciencia y la virtud, y veinte años antes prepararon y envenenaron la cicuta con que Sócrates fué envenenado. Es verdad que mucho tiempo después, Menandro ensayó de reformar este abuso espantoso, y dió a la comedia una forma menos irritante, pero no pudo hacerlo sino separándola completamente de su cuna, es decir, desligándola de todo lo que había conservado de intelectual y alegórico, y reduciéndola a recordar algunos cuadros y algunos acontecimientos de la vida social. Remontando al origen de la ciencia poética como lo acabó de hacer, para primero distinguir su esencia de su forma, y seguir en seguida sus diversos desarrollos, en géneros y en especies, he recordado muchas cosas, y citado un gran número de objetos que os son familiares; pero me excusaréis sin duda, Señores, estas reminiscencias y estas múltiples citas, pensando que, poco necesarias para vosotros, lo eran infinitamente para mí, puesto que presentándome en la palestra, y queriendo dar una forma más a esta ciencia que os pertenece, tenía que probaros por lo menos que la había estudiado profundamente.

(Continuará)

FABRE D'OLIVET.

trad. A. del Carril.

VERSOS A UNA VENTANA

*Quiero cantar la ventana
donde un amor tenga luna.
Por eso canto la tuya.
Tal vez no cante ninguna.*

*La calle de tu ventana
es camino de una pena.
Por esa calle yo paso
y pasa la luna llena.*

*La luna de tu ventana
es dulce por que te mira.
Ella sabe que me nombras
si en la ventana suspiras.*

*La estrella de tu ventana
es clara por que eres buena.
Allí en el cielo es dulzura
y en mi corazón la pena.*

*El cielo de tu ventana
verbena de la paloma.
Sus estrellitas tan claras
son tiernas cuando te asomas.*

*En la ventana lunera
donde es mejor para amarte
que larga y dulce es la espera
de quien no espera olvidarte.*

G U I L L E R M O J U A N



E L H O M B R E

DEL LIBRO: "ESCAPULARIOS". PRÓXIMO A APARECER

(E P Í L O G O)

El hombre hace un trapecio de las circunstancias. Ahonda en su propio poder la manera de saltar para que evite el golpe mortal la manera de pensar. De ahí vienen los cerebros privilegiados. Para conocerse hay que experimentarse, que es el principio de lograr el desarrollo total de los cinco sentidos; luego recién es cuando se advierte el sexto sentido—la intuición—eso que todos tenemos adherido al instinto y que lo apercibimos cuando comprendemos por qué nos comprendemos en presencia del silencio, que es lo que está más allá del conocimiento de causa. Así el hombre se abre dos caminos: El derecho a la conservación de la especie y el derecho a la conquista. Quien arriesgue lo primero, por lo segundo siempre será idealista. De ahí que los conservadores se recuesten en lo primero, que es un principio de anular la verdadera personalidad. Porque ellos, los conservadores, tienen sus necesidades asociadas intrínsecamente en todo lo efímero que dura el tiempo de sus vidas. Luego predicán sus «fazañas» como si ellos fueran los que sostienen el mundo. Por eso, en lo más hondo de todo conservador se esconde el enemigo del progreso. Son momias con caras de filósofos en el retablo de la tradición. Los idealistas miden su existencia con el dolor de crear y llegan a la conquista—que nunca se termina—por el camino del alma, que es una aspiración en perpétua juventud. Por eso, la aristocracia del pensamiento se resume con el poeta. Hacer versos es mantener la juventud.

Conservadores e idealistas: los paréntesis del mundo. Dentro de ellos nacen los sofismas. Se perpetúan heroísmos y escepticismos. Se sostienen religiones. Se excomulgan sectas. Se domesticán comunidades y la verdad y la mentira se llevan de la mano. Todo este mundo es removido por el explorador infatigable. El Hombre.

El fin psicológico del buen observador es pensar lo que otro siente y ahondarlo en el momento de obrar que es cuando se está más próxi-

me de la verdad. Porque al hombre le es tan fácil violar un secreto como crear una virtud. Y, guay de aquel que al quedarse sin prendas adivine que su gloria fué un producto del oro.

El hombre cuando se duerme en un tranvía o lugar público (lo que no haría jamás sabiendo que por ahí anda un enemigo) nos permite una larga meditación. Vemos en su cara la ausencia del espíritu y flotar la materia traslúcida de cansancio y las grietas de sus arrugas hacen las huellas por donde resbalan los esfuerzos mentales, y así, dormido, la lucha cotidiana se asoma en su cara como una mascarilla de marcado pesimismo. Hasta que el sueño lo desprende de su cuerpo que es entonces un equilibrio total de la pereza. El hombre dormido en un lugar público tiene los relieves de una bestia y nos daasco y lástima a la vez porque vemos en qué *cosa* está encerrado nuestro espíritu. Porque es cuando vemos o lo filtramos despojado de todo lo que disimula a la bestia.

Los hombres en sus medios son de una infinita pluralidad porque cada oficio tiene un ambiente y para cada ambiente hay un sentido común. De ahí que siempre será un enemigo en el fondo aquel que sea de nuestro oficio, porque todos tenemos algo de abogado para defender nuestros derechos y para cada «pero» hacemos una ley. Las calles son la matriz de todos los ambientes. Viven ocupadas por el tráfico de los ojos que es donde nos hacemos cómplices de las apariencias porque sabemos que en las calles, en el tráfico de los ojos es donde más se ve. Y así, hay que aderezar los juicios del que mira para que no vea. Por eso, en todos los ambientes hay un sentido común mecanizado hasta en el cenáculo de los 12 Apóstoles. Y todo por medio de la inteligencia que es como rieles echados en el camino para aliviarnos las distancias de las ambiciones. En todos los ambientes hay algo que adereza los juicios del que mira para que no vea, como una bagatela que nos distancia de la verdad. Pero el simple y artista, el hombre verdadero, ese que a nadie interesa cuando se le ve por la calle es el que va guiado por la mano de Dios porque va matando con sus ojos a todas las mentiras que han vestido a las calles.

El fin del hombre es volar. De ahí que en todo viaje sintamos alejarnos de la tierra mientras detrás nuestro nos gritan los recuerdos que hemos vivido en ella. Y vamos, pálidos y alucinados, por acortar lo infinito en la grotesca quimera de un Ford.

SOLER DARÁS

¡ARBOLES! (1)

PARA "PROA"

¡Arboles orgullosos que se empinan hermosamente majestuosos...!

¡Arboles, filósofos de la tierra, que los engendra, los ama y los sujeta!

¡Arboles rotundos, que platican con el espacio, se retratan con el fondo azul del cielo, o el gris de las nubes...!

¡Arboles musicales, que asimilan los cantos de los pájaros eternamente estéticos, en sus evoluciones, sus líneas de vuelo!

¡Arboles dinámicos, por el viento que los mece!

¡Trágicos árboles, ansiosos de bohemia!

¡Arboles, poetas ya épicos, o líricos de la Naturaleza!

II

De noche se agrandan, se agigantan. Y cuando la luna entra en sus ramas, se tornan pálidos, se espiritualizan y se hacen raramente místicos. Y visten hábito y, misteriosamente, rezan. Y entonces sus hojas tiemblan de religiosa unción...!

III

¡Arboles grandilocuentes! ¡Señoriales árboles! ¡Conventos de la luna!

¡Arboles, humanidad dramática de la tierra! ¡Dramática,
por una de sus razas! ¡Oh, los terribles, los apocalípticos ci-
preses! ¡Inmutables cipreses, ojerosos, de luto y siempre como
oficiando de decorativo modelo para la muerte!

IV

¡Augustos árboles que, en el sendero, con su sombra fresca,
besan al cansado caminante...!

A N T O N I O B E R M Ú D E Z F R A N C O

(1) De un libro en preparación.

Tulum—MCMXXV



EJERCICIO DE ANALISIS

Ni vos ni yo ni Jorge Federico Guillermo Hegel sabemos ~~definir~~ la poesía. Nuestra insapientia, sin embargo, es sólo verbal y podemos arrimarnos a lo que famosamente declaró San Agustín acerca del tiempo: *¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; si tengo que decirselo a alguien, lo ignoro.* Yo tampoco sé lo que es la poesía, aunque soy diestro en descubrirla en cualquier lugar: en la conversación, en la letra de un tango, en libros de metafísica, en dichos y hasta en algunos versos. Creo en la entendibilidad final de todas las cosas y en la de la poesía, por consiguiente. No me basta con suponerla, con *palparla*; quiero inteligirla también. Si quieres ayudarme, tal vez adelantaremos algún trecho de ese camino.

El de hoy es cosa tesonera: se trata del análisis de dos versos hechos por autorizadísima pluma y tan inadmisibles o admisibles como los de cualquier versador. La correntesa inmortalidad del Quijote los sobrelleva; están en su primera parte, en el capítulo treinta y cuatro y rezan así:

*En el silencio de la noche, cuando
Ocupa el dulce sueño a los mortales ...*

Y en seguida viene una antítesis, cuyo segundo término es el desvelado amador que se pasa la santa noche entera pensando en su querer y en su insomnio, hasta que se le viene encima el mañana. Vaya el primer endecasílabo:

En el silencio de la noche, cuando

Analicemos con prolija humildad y pormenorizando sin miedo.

En el. Estas son dos casi-palabras que en sí no valen nada y son como zaguanes de las demás. La primera es el *in* latino: sospecho que su primordial acepción fué la de ubicación en el espacio y que des-

país, por resbaladiza metáfora, se pasó al tiempo y a tantas otras categorías. (Los romanos ejercieron otro *en* que ya se gastó: el *in* batallador de *ludus in Claudium* y que nuestro modismo *En su cara se lo dije* acaso conserva). *El* es artículo determinado, es promesa, indicio y pregusto de un nombre sustantivo que ha de seguirlo y que algo nos dirá, después de estos neblinosos rodeos. Su acopladura frecuentísima hace casi una sola palabra *de en el*. *

Silencio. La segunda definición que formula Rodríguez Navas (quietud o sosiego de los lugares donde no hay ruido) conviene aquí singularmente, pero no nos despeja la incógnita de la adecuación de esa voz. Ya es un milagro chico que la mera ausencia auditiva, que las vacaciones del ruido, tengan su palabra especial y el milagro crece y se agranda si meditamos que esa palabra es un nombre. Eso es mitología del idioma o inconciencia plenaria o metáfora pausadísima. Todos hablamos del silencio y apenas si concebimos lo que es y el rumor de la sangre en nuestros oídos lo desmiente en la soledad. Sin embargo, escasas palabras hay tan acreditadas. Virgilio habló de *alto silencio* y lo empinado de la adjetivación no debe asustarnos, pues hasta los periodistas lo llaman *hondo* y lo mismo da equipararlo con los sótanos que con las torres. Plinio el Antiguo se valió de la palabra *silencio* para designar la lisura de la madera. San Juan Evangelista, docto en toda grandiosa faroletería y en toda canalla literaria, cuenta que tras de la luna sangrienta y del sol negro y de los cuatro ángeles en las cuatro esquinas del mundo, *fué hecho silencio en el cielo casi por media hora*. Esos alardes no están mal, pero hay que llegar al siglo pasado—gran baratillo de palabras y símbolos—para que al Silencio lo exalten y le añadan mayúscula y nos atruenen vociferándolo. Muchos conversadores vitalicios como Carlyle y Mæterlinck y Hugo, no le dieron descanso a la lengua, de puro hablar sobre él. Solamente Edgardo Allan Poe desconfió de la palabreja y escribió aquel verso de *Silence, which is the merest word of all* contra la más palabrera de las palabras.

De la. Estos son otros dos balbuceos y no me le atrevo al examen.

Noche. El diccionario la define de esta manera: *Parte del día*

natural en que está el sol debajo del horizonte. Es una definición cronométrica, practicista. ¿Qué noche es ésa sin estrellas ni anchura ni tapiales que son claros junto a un farol ni sombras largas que parecen zaujones ni nada? ¿Esa noche sin noche, esa noche de almanaque o relojería, en qué verso está? Lo cierto es que ya nadie la siente así y que para cualquier ser humano en trance de poetizar, la noche es otra cosa. Es una videncia conjunta de la tierra y del cielo, es la bóveda celeste de los románticos, es una frescura larga y sahutada, es una imagen espacial, no un concepto, es un mostradero de imágenes.

¿Cuándo empezó a verse la noche? No podemos averiguarlo, pero es lícito suponer que no la levantamos de golpe. Ni vos ni yo dimos con el sentido reverencial que tenemos de ella: para éso han sido menester muchas vigiliias de pastores y de astrólogos y de navegantes y una religión que lo ubicase a Dios allá arriba y una firme creencia astronómica que la estirara en miles de leguas. También los escritores han contribuido y quizá más que nadie. Sin yo quererlo, están en mi visión de la noche el virgiliano *Ibant obscuri sola sub nocte per umbram* y la noche amorosa, la noche amable más que la alborada de San Juan de la Cruz y la última noche linda que he visto escrita, la del *Cencerro* de Güiraldes. Esas y muchas más y una noche romanticona del novecientos cinco que para mí está embalsamada en un aire que yo sé tararear pero no escribir y cuya letra declaraba que *A la luz de la pálida luna — en un barco pirata nací...*

En mis *Inquisiciones* (página 157-9) he señalado la diferencia entre el concepto clásico de la noche y el que hoy nos rige. Los latinos, con lógica severísima, sólo le vieron dos colores al tiempo y para ellos la noche fué siempre negra, y el día, siempre blanco. En el *Parnaso Español* de Quevedo se conserva alguno de esos días blancos, muy desmonetizado.

Cuando ocupa. Hay una pausa injustificadísima entre esas dos palabras. Esa pausa, según Lugones, es la solemne salvaguardia del verso: es la frontera que media entre lo poético y lo prosaico. Esa pausa la evidencia la rima. Pero como aquí nos falta el último verso

de la cuarteta y a lo mejor no rima con el primero, no sabremos nunca (según Lugones) si esto es verso o es prosa. *Occupare* en latín es vos militar, sinónima de *invadere* y de *corripere*. Cervantes la usa aquí saltadamente, a falta de otro verbo mejor.

El dulce sueño. ¿Qué greguerizador antiquísimo, qué Alberto Hidalgo rebuscador de metáforas dió con esta adjetivación, según la cual son comparables el sueño y el sabor de la miel, el paladeo y el dejar de vivir un rato? Lástima es opinar que no ha existido nunca ese hombre magnífico y que aquí no hay otro milagro que el de la gradual sinonimia de *placentero* y *dulce*. La imagen (si hay alguna) la hizo la inercia del idioma, su rutina, la casualidad.

A los mortales. Alguna vez estuvo implicado el morir en eso de *mortales*. En tiempo de Cervantes, ya no. Significaba los demás y era palabra fina, como lo es hoy.

§

Pienso que no hay creación alguna en los dos versos de Cervantes que he desarmado. Su poesía, si la tienen, no es obra de él; es obra del lenguaje. La sola virtud que hay en ellos está en el mentiroso prestigio de las palabritas que incluyen. *Idola Fori*, embustes de la plaza, engaños del vulgo, llamó Francisco Bacon a los que del idioma se engendran y de ellos vive la poesía. Salvo algunos renglones de Quevedo, de Browning, de Whitman y de Unamuno, la poesía entera que conosco: toda la lírica. La de ayer, la de hoy, la que ha de salir. ¡Qué vergüenza grande, qué lástima!

JORGE LUIS BORGES



NYDIA LAMARQUE

T E L A R A Ñ A S, 1 9 2 5

Nydia Lamarque vive en Belgrano, que es algo así como vivir en las vacaciones de la ciudad, en su merecido y firme domingo. Los otros barrios suburbanos de nuestra capital son entrevero de la gran llanura y las casas; Belgrano es maridaje, no de la ciudad con la pampa, sino de la ciudad y de los árboles. Barrio enjardinado y ocioso, sin la desgana sorna orillera que hay en Palermo ni las infinitas esquinas (mucho puesta de sol y tapias bajas) de Villa Ortúzar, Belgrano infundió el agua de sus fuentes y el cariño de sus canteros en los versos de Nydia. Son agradabilísimos todos ellos.

Debajo de Telarañas dice Sonetos. Los hay de versos de catorce, de once, de ocho, de nueve, sin otra obligación ni costumbre que las de su perenne halago sonoro que no implica nunca el esfuerzo. ¿Acaso no nos basta, en una muchacha o en una estrofa, la certidumbre de que es linda? Lo demás son cominerías. La sentenciosidad, la metáfora, la sencillez, la complicación, el metafisiqueo, el ritmo y hasta la rima (que no es propiamente más que un retruécano, que una casualidad verbal) son herramientas de belleza, pero lo importante es el recabarla, no la trampita que elegimos. Nydia Lamarque usa muy poco de metáforas: quiero decir, de la invención de metáforas, cábula que a mí me gusta de veras. Sin embargo, yo no me atreveré a aconsejarla, ya que los versos de ella valen tal vez más que los míos. (Si les parece, puedo tacharlo a ese tal vez). El sujeto es la espera del querer, la víspera segura del corazón, las luces sabatinas encendidas aguardando la fiesta. Es el idéntico sujeto que

hay en *La Calle de la Tarde* por Nora Lange, tanto más grato cuanto menos enfatizado. Nydia Lamarque lo maneja con instintiva gracia espiritual, sin incurrir ni en las borrosidades ni en la chillonería de comadrita que suele inferirnos la Storni. A través del libro campea mucha coquetería de sufrimiento (sincerísima, desde luego) y una verídica confianza de ayudarlo al destino, de ser dichosa con nobleza. Le gustan los luceros, los rosales, los atardeceres con pájaros, las violetas. A nosotros varones, obligados al verso pensativo y a la palabra austera, nos conmueven esos trebejos que tan justamente se avienen con la hermosura de las muchachas y que florecen en sus versos con la misma naturalidad que en las quintas.

¡En el decurso claro de su canto, qué rostros se reflejan? Pienso que los de Nervo y Rubén. *En un día de primavera, Paisaje, Cómo soñé mi verso y Atardecer* son acaso las mejores composiciones del libro, las de belleza más verídica y fácil.

Hace unas tardes, caminoteando por Belgrano, me pareció que era más linda la luna y que los pájaros cantaban con una más dulce vehemencia. Seguramente, la habrían mirado y escuchado a Nydia Lamarque.

J. L. B.



¿Debe clausurarse el Salón Anual?

Nunca nos hemos sentido tan cerca de la creación poética, como en este momento en que rompemos a hablar del último salón oficial de pintura y escultura. Es necesario crearlo en nuestra imaginación; es claro que teniendo como base la precaria materia prima de la calle Arenales. Pero, ¿por dónde empezar? ¿Por la materia prima? Creo que no iremos a ninguna parte. ¿Por la imaginación? Iríamos demasiado lejos. Sin embargo, algo hay que decirles a quienes con pesimismo *demasiado personal* piden la clausura del Salón Anual. Somos un país formado sin etapas ni evoluciones lentas. Lo que Europa hizo en siglos, nosotros lo realizamos en lustros. Atravesamos un período de aglutinación de clases, cuyo mayor promedio está representado por una burguesía recién salida del trabajo. Sin cultura ninguna y con dinero, aspira a vivir como su clase paralela en Europa. De ahí su gran rastacuerismo y la industria europea de arte *pour l'exportation*. Casi todos nuestros artistas salidos de esa clase, conservan la influencia del medio en que se formaron. ¿Cómo exigir otro arte entonces? Pero también, ¿por qué quitarle su arte? Han pasado de inmigrantes a grandes señores de las finanzas, sus nietos o biznietos pasarán de rastacueros a grandes señores del espíritu. Y esta evolución que Europa experimentó en siglos, nosotros la viviremos en una o dos generaciones. Creo que ningún país cuenta con tanto talento y sensibilidad. Nuestro futuro será formidable. Pero es necesario dejar actuar lo que hoy tenga vitalidad. Nada de trabas que podrían relajar nuestra fuerza. El Salón Anual es necesario; tan necesario, que ha sido la causa determinante del Salón de Independientes, primer paso hacia la vida plena del espíritu. Los que piden su clausura no se acuerdan que hace veinte años nadie pretendió clausurarles a ellos,

que representaban en literatura (y siguen representando) lo que hoy el Salón Oficial. Y yo sostengo que sin esa literatura nos hubiera sido imposible comprender lo lejos que estábamos de la verdadera belleza y encontrar, en nuestro afán de apartarnos de aquélla, los caminos reales del arte. Además, no hay palabras capaces de torcer el curso de la vida. La derecha, el centro y la izquierda, es la manera natural de los conjuntos humanos. Y el Salón Oficial existirá necesariamente, aunque mejorado, a medida que el nivel social adquiera mayor estabilidad. Creemos que no sólo no debe clausurarse, sino ampliar el número de premios, para descongestionar lo más pronto posible a nuestro ambiente de los falsos artistas que *hacen* arte con finalidades gástricas. Vayan al *gran* Salón todos los mediocres y queden para el Independiente los que viven su arte como en una isla desierta.



Primer Salón de Independientes

Sobre el Salón de Independientes trataré de recordar algo de lo que dije en la conferencia que di en él, el sábado 28 de Noviembre.

Una conferencia debe ser dicha y no leída. Siendo un espectáculo, debe participar de su esencia: conmover a las gentes. El público es un ser atávico que revive en su murmullo crueldades de selva. ¿Por qué suspendemos la respiración en el silencio del circo, cuando va a estallar el número sensacional de la noche? Para no ahuyentar a la muerte; en el inconfesable deseo de ver un salto mortal de verdad. Yo he querido dejar la esperanza de un salto mortal; quedarme cortado de pronto, sin esperanza de *volver a nacer*.

Nuestro país atraviesa una forma de evolución parecida a la que presentaba Norte América cuando estranguló a Poe. Salimos del estado inconexo y pastoril y nos hallamos en el límite preciso en que puede romperse el equilibrio en favor del maquinismo. La experiencia yankee, nos autoriza a temer por nuestro futuro. La sociedad dominada por la máquina es un monstruo sin moral y sin fe, que fatalmente por propia incapacidad biológica termina en grandes hecatombes generales que aceleran su destrucción. El tipo medio que faltaba en nuestro país como factor actuante, desde 1910 ha surgido a la superficie, hasta tomar aspectos de avalancha sobre el trampolín de la ley Sáenz Peña. Tipo surgido sin transición, ha dado a nuestra sociedad una fisonomía arrivista y caótica, que bien puede terminar en una plutocracia norteamericana o en una república agraria o socialista. A nuestra generación (y llamo así a los espíritus independientes que han superado el medio) le toca terminar la obra constructiva que inició la generación de Mitre y Sarmiento. Ellos lucharon contra la barbarie política, nosotros lucharemos contra la barbarie espi-

ritual. El estado actual del mundo les es favorable. El nos hace pensar seriamente en que la humanidad está concluyendo un período de curación espiritual. Grecia fué un prototipo de cultura perfecta dentro de las leyes que cierran el tipo humano y al cual el hombre tiende siempre. Después el mundo cae bajo el contagio psicologista. Nietzsche, el gran poeta alemán, vió con toda claridad este fenómeno. La Edad Media fué la crisis total. El Renacimiento es la convalecencia. La guerra presenta aspectos de vacunación general para volver a la naturaleza y a la salud perdida y la época actual tiende a conquistar la normalidad. El renacimiento del sport y el culto del equilibrio autorizan a relacionar estos fenómenos. Es claro que la atmósfera general de *moral de los fuertes* que respiramos desde aquí, es desfavorable para nuestro pueblo. Nosotros vemos lo exterior del proceso: la europeización de Oriente y la agonía del cristianismo. Y una fuerte corriente contra el psicologismo (batalla Pettorutti) arremete también contra todo lo que no alcanza a entender y por lo tanto clasifica de psicologismo (hostilidad hacia Proa y hacia todo individuo que se aparta del rebaño). Y es esta confusión la que debemos aclarar. El psicologismo es un producto de descomposición y decadencia (Proust) fruto de culturas cansadas y religiones triunfantes. Pero existen fuerzas latentes que siendo elementos saludables para el tipo humano, han sido desvirtuadas y confundidas con fuerzas destructoras. La más vital de ellas es el misticismo o sentido universal del hombre; es en realidad una continuidad de su sentido social. Además de su misión terrestre ¿no puede tener influencia en el resto del universo? Y es esta responsabilidad cósmica la que debemos despertar del fondo saludable de nuestro antipsicologismo. En nuestro país no es un mal síntoma, como no lo era el antiextranjero de Rosas y sus caudillos. Pero así como la generación de Mitre y Sarmiento realizó la gesta magna de encauzar hacia la vida legal esas fuerzas bárbaras, orientando sabiamente su rudo nacionalismo, nosotros los independientes, minoría surgida a raíz del año 18, sin intereses materiales y alimentados por una gran fe en la vida del espí-

ritu, debemos luchar heroicamente para despertar en todo su poder la conciencia idealista de este gran pueblo casi virgen. La Argentina, caso único en el mundo, tiene una tradición pacifista y generosidad sin límites. Y esta alma internacional, es pasta que debemos aprovechar para plasmar su forma. Nada de demagogia, entonces. Hagamos arte verdadero. El Salón de artistas independientes tiene un valor enorme como actitud espiritual. Cuando las artes plásticas logran ponerse al margen del oficialismo, hay derecho a creer en la próxima cosecha. Se ha visto con ironía este Salón, por la mezcla de estilos y escuelas en él representados. Pero hay que acordarse que si en Europa, los independientes son los representantes de la izquierda, aquí tienen que tener otro sentido, hasta que la intensidad de vida artística pueda mantener una suficiente selección. Hasta entonces, nosotros los independientes, debemos darle un carácter moral a nuestra actitud. Pero dentro de la actitud de lucha, para elevar el nivel artístico, sería necesario que la comisión organizadora cuidara más la admisión de las obras. No por titularse independientes, deben admitir todas las obras que les manden. Sería necesario que el próximo salón dejara menos margen a la crítica interesada en desprestigiar todo idealismo.

B. C.



PIEDRA DE SACRIFICIOS

POEMA IBERO AMERICANO DE CARLOS PELLICER

Escuchando *Le Roi David* de Honneger, he sido abierto como un viejo santuario, por la mano de fuego. Cuando Victoria Ocampo levantaba sobre su voz la ríspida existencia del hebreo, mis labios toleraban todavía los agrios caminos de la orquesta y el sabor sibilante de los coros. Porque con la boca y no con el oído se gusta la salvaje y juvenil veviviscencia.

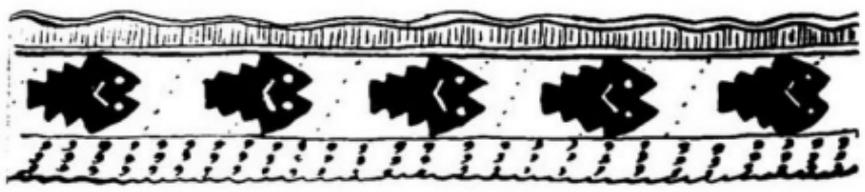
Imposible revelar al *Poeta* con más claridad. Honneger lo debió titular *El Poeta y el Mundo*. La poesía invariable en el tiempo como vida personal, es la total expresión de un mundo concebido y creado por un hombre. Resultado de la acción del poeta, dirigida a despertar actos o libertadora de la propia alma que lucha. David danzando delante del Arca y entonando un himno seguido de su pueblo, es el símbolo perfecto del poeta inspirado para quien la poesía es un medio y no un fin.

Unico camino dejado por la naturaleza para ser poseída por el hombre, la intuición, fuerza intraatómica, preside los destinos biológicos de las razas. La ciencia no es más que la socialización de este sentido vital. ¿No intuye el experimentador al combinar por palpito, sus elementos? ¿Y el caso de Lammarck? Todos los sabios sinceros declaran que la *casualidad* (léase intuición) ha presidido sus mejores horas. El poeta, intuición hecha carne, debe ser un elemento activo de la raza; dirigir sus destinos. Homero haciendo revivir los sillares oscuros de su pueblo, es menos poeta que David fundando los cimientos del suyo. Para él, sus himnos, y sus salmos eran la llama poderosa que fundía la proteica vitalidad de su pueblo en un solo ser de bronce. Así su cauto entonado por miles de voces era su propia voz, legislada en el bronce. El libro de David levanta para siempre toda la lira. La épica, columna vertebral, es como una promoción de bosques en marcha; y postulando sus latidos a manera de ardiente musculatura, la elegía, el himno, la anécdota y el más urgente subjetivismo. Grau lírico, en sentido moderno, este jocundo Rey David que parece ridículo a los ojos pueriles de la esposa. Nada nuevo hizo la poesía después de él.

Con estos grandes vates, fraguas mordientes de la historia, termina una época de gobierno juvenil, y se rompe la armonía entre la corriente humana y la corriente secreta del cosmos. La poesía se fragmenta y surgen poetas épicos, líricos, elegíacos, etc., *especializados* en cada tema del gran acorde; y que dejan de ser conductores de pueblos, para transformarse en lugartenientes de tiranos y ornato de cortes y ciudades. De vez en cuando algún chispazo, surge como fuego fatuo sobre las tumbas temerarias. Platón en Grecia; Mahoma en el cercano Oriente; Schiller y Nietzsche en Alemania; Guerra Junqueiro en Portugal; D'Annunzio en Italia cada vez más débiles, hasta desaparecer todo vestigio, bajo la ceniza infamante de la plaga poética de hoy, que pretende cruzar en su cáscara de nuez el mare magno perdido tras las muertas edades. ¡Qué importa al mundo sus lamentos caquéxicos y rotos si la vida clama por hallar la perdida armonía! Yo me siento reo de lesa humanidad por mis horas inútiles de comedor de almas. ¡Horrible virtuosismo de grotescos Narcisos que se escupen su lujosa podredumbre en las mesas antiespiritistas de los cafés concert! Tenía que venir de México, país trágico, agazapado como un tigre bajo el cerco de los siglos, la voz saltadora como flecha, capaz de atravesar la recia piel del continente. De polo a polo, con ímpetu de toro y agilidad de pájaro. Carlos Pellicer: te saludo primer Poeta de América. Grandioso en concebir; fastuoso en el hablar; seguro en el zarpazo; largo en tender distancias; triangular en la exacta arquitectura signada. Después de Rubén, nadie sabe ser tan voluptuoso en palabras. Resumen perfecto de nuestra América; con música de estuarios; fragores de selva; garra de águila; trasunto lineal del mapa pitagórico. En su poema vive toda la lira, y grita su anhelo toda una raza.

¡Técnica? No quiero manchar mi entusiasmo con pequeñas palabras. Pero diré a pulmón pleno que ha realizado el milagro de hacerse antiguo como el mundo, sin perder en tan largo viaje las seguras conquistas del idioma ultramoderno.

B. C.





L A S T R E S R E S P U E S T A S

Libro sintomático y claro. Espada de dos filos para la obesa retaguardia literaria.

Arturo Lagorio es sin disputa uno de los pocos valores de la anterior generación que ha sentido el arte en carne propia. Para él no ha sido un camino, sino un crecimiento.

Hombre múltiple, caído hacia la humanidad de hoy, por el vórtice oscuro de una gerencia de banco, Lagorio sabe aprovechar el impulso que le da su diario descenso para subir vertiginoso cada tarde la difícil pendiente del crepúsculo. Y es claro que con este diario training alcanza casi siempre la primera estrella. ¿Cómo se da tiempo para manipular un Banco; levantar un hogar que es una atalaya; profundizar el alma del cuatrocientos; atravesar el anodino país de la literatura oficial y terminar robando el secreto de las más puras y recientes corrientes estéticas? La respuesta no es difícil. Lagorio es un artista congénito (no olvidemos que su violín nos llenó la frente de fantasmas) y como tal posee la virtud de desdoblarse en personalidades provisionarias. Así en la gerencia, el señor gerente, es un secretario, socios del hombre universal que está detrás de él. Pero ¿y la

espada de dos filos? No quiero ensañarme contra gentes tan indefensas que todavía discuten si es poesía el verso libre. Sin embargo quiero recordarles que Lagorio hace cinco años negaba la realidad estética del creacionismo y de la metáfora pura; y por lo tanto militaba entre los escépticos del *arte nuevo*; y ahora se presenta *infectado* de *modernismo* y del más auténtico y peligroso. ¿Qué partido tomarán? Si lo elogian aceptan el *arte nuevo*. Si lo atacan se condenan, condenando a uno de sus más antiguos camaradas. Es necesario remarcar la enorme importancia que tiene el hecho de ser el más trabajador y culto de todos ellos, el único que haya conquistado la plena belleza de las formas puras.

*"Ya posee las mañanas que marchitan cualquier angustia",
(Ausencia)*

Lechería Bar, Salvamento, Paseo de Julio, El vuelo quebrado, Porvenir, Programa nocturno, Pescadores, Programa matinal, etc., etc.

Para qué citar más. Lagorio maneja la síntesis con una espontánea virtud poética. Efectos logrados con antítesis que parecerían irreductibles como el ej. de *Ausencia*; todos los elementos técnicos del creacionismo se encuentran, manejados con facilidad de cosa asimilada. Y cubriendo todo como una mano de sangre, la presencia de un ser profundamente humano. Porque el escollo fatal del creacionismo suele ser la ausencia de humanidad, escamoteada por el anhelo de formas nuevas, que interpone entre la emoción y el hallazgo verbal demasiado cerebralismo y excesiva matemática. *Las Tres Respuestas* puede ser nuestro mejor escudo para mostrar a los rezagados el camino de Damasco. Desde hoy Lagorio es un nuevo representante de la *nueva generación*; lo que en términos corrientes significa: es uno más, sea cual fuere su promoción temporal, que ha llegado a las eternas esferas del arte.

B. C.

Martín Fierro

Periódico quincenal
de Arte y Crítica libre

Dirección y Administración:
VICTORIA 3441

ALFAR

DIRECTOR:
JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño 23
LA CORUÑA
ESPAÑA

RODÓ

Revista Bimestral de Literatura,
Sociología, Bellas Artes y Crítica

DIRECTORES:
AGUSTÍN CASTELBLANCO
EMILIO COURLET

Casilla 6019
SANTIAGO DE CHILE

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
ALFREDO A. BIANCHI
ROBERTO F. GIUSTI

DIRECCIÓN:
LIBERTAD 543
Buenos Aires

REVISTA DE OCCIDENTE

Publicación mensual

DIRECTOR:
JOSÉ ORTEGA Y GASSET

MADRID - Apartado 12.206
Avenida Pi y Margall 7
(2.º Trozo Gran Vía)

VALORACIONES

Revista Bimestral de
Humanidades, Crítica y Polémica

ÓRGANO DEL GRUPO DE ESTUDIANTES
RENOVACIÓN DE LA PLATA

LA PLATA
ARGENTINA

Dr. E. R. Bernasconi Cramer
OCULISTA

1468 - JUNCAL - 1468
U. T. PLAZA 1511

Dr. Carlos F. Rophille
Médico Interno del Hospital N. de
Clínicas. Adscrito a la Cátedra de
Medicina Operatoria. Jefe de los
trabajos prácticos de Clín. Genealógica

1637 - VIAMONTE - 1637
U. T. 2973, 3421 y 1600, Juncal

D^o ANTONIO EGÜES
Médico del Instituto de Clín. Quirúrgica
Hospital de Clínicas

2009 - MELO - 2009
3.^{er} PISO
U. T. JUNCAL 2066

ARTURO J. RISOLIA
MÉDICO CIRUJANO

736 - PUEYRREDÓN - 736
U. T. MITRE 0953

A D O L F O
BULLRICH y Cía.

REMATES Y
COMISIONES

AVENIDA ALEM 1950
U. T. 2936, JUNCAL
BUENOS AIRES

PIELES
LOPEZ

FUNDADA EN 1880

PARIS
37 Boul de Strasbourg.

Florida Esq. Córdoba
U. T. 31, Retiro
BUENOS AIRES



CAFES TORRADOS AGUILA

Café AGUILA Superior

CHOCOLATES AGUILA

CHOCOLATINES
AGUILA

BOMBONES "NEC PLUS ULTRA"

Fabricas en
BUENOS AIRES
y
MONTEVIDEO

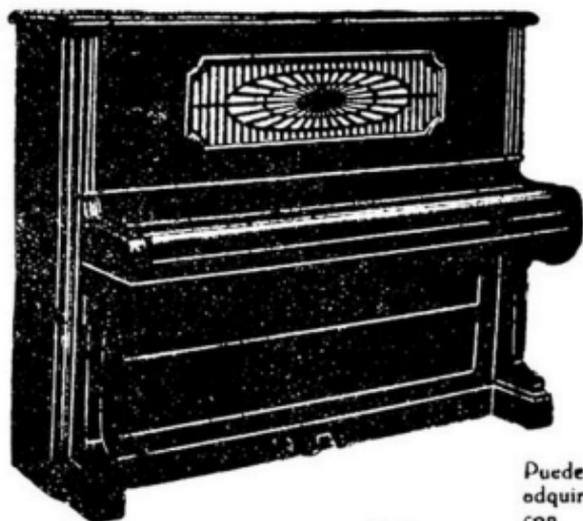
150
SUCURSALES
SUDAMERICANAS



FABRICA PRINCIPAL Y ADMINISTRACION GENERAL
CALLE HERRERA 955 BUENOS AIRES

EL PIANO BECHSTEIN

reune en su construcción las más altas cualidades
acústicas y mecánicas conseguidas hasta el presente
De ahí el encanto que producen sus voces claras,
armoniosas e incomparablemente bellas, en el
ánimo de quien las oye.



Pueden
adquirirse
con
facilidades
de pago

Harrods

Bs. As. Ltd.

Departamento de MUSICA
planta baja

Representantes exclusivos

Robes
Manteaux
Chapeaux
Fourrures
Coiffures
Gants
Parfumerie



Produits
de beauté
Massage
facial
Manucure
Chaussures
de luxe

AUGUSTE

Esmeralda 1048 U. T. 41, Plaza 1047 Buenos Aires
U. T. 41, Plaza 1000

KERTEUX

LIBERTAD
1249



Buenos Aires
Unión Telefónica 41
Plaza 0831

ANTIGÜEDADES

P R O A

AVENIDA QUINTANA 222

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Año	\$. 5.—
Semestre	3.—
Número suelto	0.60

EXTERIOR

Año	\$ % 2.50
Selección de los 12 primeros números a \$ % 10.—	
